

de esta situación las pasiones excitadas y la sed insaciable de la vida de regalo y de placeres materiales. «Los librepensadores no ocultan su propaganda, y basta que uno se muera sin asistencia eclesiástica y que sea enterrado de la misma manera, para que le glorifiquen ciertos periódicos, resultando después en los entierros manifestaciones cuyo carácter anárquico y cuya ausencia de todo sentimiento religioso espanta á unos y desmoraliza á otros.»

No era sólo Pietri el pesimista, pues Persigny en 15 de diciembre de 1867 escribió al emperador: «No tengo ya libertad intelectual bastante para examinar, dadas las grandes cuestiones que ahora se nos presentan, otras cuestiones relativamente insignificantes; pues el Imperio parece derrumbarse por todos lados, obteniendo triunfos tras triunfos los que combaten á V. M. implacablemente y con el pretexto de consolidar el régimen parlamentario se han conjurado para derribar á V. M. Cada triunfo oratorio de sus ministros es una derrota para V. M. He seguido atentamente los últimos debates y he observado por un lado el odio más desenfrenado; pero el tono y los ademanes indicaban mucho más todavía que el odio, dirigido únicamente contra V. M.; descubrían intenciones implacables. Por otro lado, el gobierno se inclinaba quizás á la fuerza ante los enemigos de V. M., suplicando humildemente á los contrarios sañudos que retirasen sus interpelaciones, y abandonando así de un solo golpe la política de los últimos catorce años, el camino medio entre la extrema derecha y la extrema izquierda. No hay que admirarse, pues, del extravío general de los ánimos, ahora que ya no tenemos el Imperio ni existe todavía el régimen parlamentario.»

El emperador se lisonjeó durante mucho tiempo de que contra él personalmente no se mostraba animadversión; y entre los papeles encontrados en las Tullerías se ha descubierto el borrador de un artículo de periódico escrito por el mismo emperador y destinado probablemente á la *Époque*, al *Peuple* ó al *Dix Décembre*, cuyos tres periódicos subvencionaba Napoleón de su bolsillo particular. En este borrador se decía: «Es incontestable que el emperador es tan popular como hace quince años; pero no lo es su gobierno, porque los representantes del poder en lugar de imitar la benevolencia extraordinaria, la modestia y sencillez del emperador, se han envanecido á consecuencia del poder que se les ha otorgado; no han seguido la corriente de las ideas del pueblo y no se han cuidado suficientemente de sus intereses. La administración ha continuado como en el tiempo de Luis Felipe, siendo insolente y rutinaria. Los prefectos han querido ser bajaes é imponer al pueblo su voluntad. Siendo el gobierno del emperador el más honrado que ha habido jamás, se ha dejado dominar por personas que sin ser gobierno tenían relaciones con él y lo comprometieron con sus especulaciones. La prensa, en lugar de velar sobre la conducta de los funcionarios del gobierno, ha sido servil y díscola. Nosotros, fieles al emperador, queremos servirle, pero sin cerrar los ojos. Queremos censurar lo que merece censura y tener el valor de manifestar nuestra opinión sobre personas y

cosas; alabaremos sólo lo que sea bueno é ilustraremos al gobierno sobre lo que necesite saber.»

La nueva legislatura se abrió el 18 de noviembre de 1867. El emperador habló de proyectos de ley sobre la prensa y derecho de reunión, asegurando que atendidos el buen espíritu de la nación y la energía del gobierno, podrían aprobarse; lo que probaba que continuaba en actitud favorable á las reformas que había concertado con Ollivier. El proyecto de ley del ejército fué redactado en términos muy poco diferentes de las bases de la ley militar de 1832. La política italiana del emperador resultó también enteramente conforme con la opinión de la mayoría. Rouher, en la sesión del 5 de diciembre, dijo: «Declaramos en nombre del gobierno francés que Italia no se apoderará de Roma jamás» La mayoría se puso de pie y repitió: «¡Jamás! ¡Jamás!» La promesa de protección al Papa fué acogida con un aplauso atronador, y la orden del día fué para el gobierno un brillante voto de confianza dado por 237 diputados de los 254. No fué muy grato al emperador el período de esta legislatura; Rouher había ido demasiado lejos en sus explicaciones, y además había cedido á las instancias de Thiers y de Berryer, que le habían obligado casi á la fuerza á pronunciar su «jamás», lo que hizo decir á Napoleón que este suceso dejaba restablecido en realidad el régimen parlamentario. Ya hemos dicho cómo se expresó Persigny con este motivo, y era indudable que triunfos de esta clase más conmovían que robustecían. Las leyes sobre prensa y libertad de reunión agitaron la opinión. Una diputación de la prensa de provincias expuso al emperador que quedaba arruinada si se permitía á la oposición fundar nuevos periódicos en todos los departamentos, y en una reunión del ministerio y del consejo secreto se resolvió indicar que el gobierno dejaba á sus partidarios en libertad para rechazarla; pero el emperador se opuso diciendo que había dado su palabra y que era cuestión de honor el cumplirla. Rouher hizo un último esfuerzo, atemorizado por las amenazas de la derecha, para que el emperador renunciase á esta ley, presentando su dimisión; pero cedió á las instancias de Napoleón y de la emperatriz para que retirase la dimisión y apoyara francamente el proyecto presentado. Entonces la derecha aprobó el proyecto.

El de reunión permitía aquellas en las cuales no se tratara de política ni de religión, pero daba á los prefectos la facultad de suspenderlas siempre que la seguridad pública se viese amenazada. Durante los períodos electorales se permitían también reuniones políticas, pero sólo de los electores del distrito. En el cuerpo legislativo no encontró gran oposición y fué aprobado el proyecto por 212 votos contra 22.

Al amparo de las nuevas leyes se dirigieron violentos ataques al Imperio, y si bien los tribunales hicieron uso vigoroso de la sanción penal impuesta por la ley, tanto que en las primeras dos semanas después de su promulgación se había condenado ya á tres redactores á cinco mil francos de multa cada uno, no escarmentaron los periódicos, sino que se hicieron más cautelosos. Durante los

años anteriores no se había mencionado el 2 de diciembre, según asegura Darimón, sino dos veces en el cuerpo legislativo; pero desde la publicación de las nuevas leyes se citaba esta fecha en todas partes, siendo motivo de incesantes acusaciones y alusiones. Enrique Rochefort adquirió de un solo golpe asombrosa popularidad con *La Lanterne*, cuya venta fué tan enorme que About aseguró en el *Gaulois* que el editor había ganado en el poco tiempo de existencia del libelo trescientos mil francos. Los primeros dos números no fueron perseguidos, pero después fueron recogidos los siguientes y el tribunal condenó á Rochefort á trece meses de cárcel y diez mil francos de multa. Rochefort se libró de la cárcel huyendo, y publicó su periódico en Bruselas, aumentando todavía la malignidad de sus ataques, que eran más groseros y más bajos. El carácter personal de Rochefort, su falta completa de seriedad moral y de madurez política, su afición al escándalo, al dinero y á los placeres materiales, no eran bastante conocidos entonces para que pudiesen perjudicar á su popularidad. En general se admiraba su valor, se exageraba su talento, y se creía haber ganado en él un brillante adalid contra el Imperio; pero á la larga se hizo monótono, cansó y se apagó aquel fuego graneado de agudezas, malignidad, mentiras y calumnias.

La prensa de oposición veía en todos los sucesos europeos signos del descrédito de Francia y la mano de Bismarck. En el fondo, todas las censuras recaían sobre el emperador y su régimen personal como origen de todo el mal. Empezaba á faltar á la prensa oficiosa valor para emprender la lucha en este terreno.

Los efectos de la ley de reuniones también contribuyeron á aumentar el descontento, pues en los barrios obreros se expusieron las teorías democráticas más radicales que se habían proclamado en los clubs de 1848. Verdad es que la ley no permitía discutir ciertas cuestiones; pero la policía se mostró condescendiente y consintió debates sobre el trabajo, el capital y los intereses, la influencia de los monopolios, la educación y la enseñanza, el matrimonio y el divorcio, y otras cuestiones que permitían declamar á los oradores socialistas, ateos y materialistas, quienes aprovechaban las ocasiones para desarrollar sus doctrinas. Los periódicos oficiosos publicaron con gran afán todos los escándalos que ocurrían en las asambleas tempestuosas de los arrabales, para espantar á la clase media y atraerla de nuevo al Imperio. Rouher creía que aquella agitación no tenía importancia y se limitaba á la superficie, conservando la gran masa de la población su excelente disposición de ánimo, á pesar de que muchas segundas elecciones habían dado á la oposición nuevos triunfos en los departamentos, y hasta en el Jura había sido elegido Julio Grevy por veintidós mil votos de treinta y dos mil. Del emperador apenas se hablaba; había envejecido evidentemente, y su intervención en los asuntos públicos ya no era la de antes. Rouher cuidaba de todo.

El Imperio se hallaba evidentemente en una grave crisis. Las concesiones hechas á la oposición habían contribuído, como dijo con razón Prevost-Paradol, á soltarle la lengua más que á remediar sus quejas. Nadie tenía confianza sóli-

da en el porvenir. Se veía al emperador juguete de diversas corrientes de opinión, sin voluntad propia y dependiente de la emperatriz y de Rouher, cuya repugnancia á la política de reformas era conocida. Los pequeños medios de los cuales se echó mano para ganar otra vez las simpatías de los obreros, no pudieron dar ningún resultado eficaz, y no obstante el emperador dió más im-



Enrique Rochefort (de fotografía)

portancia á las simpatías de esta clase que al juicio de la clase media, en lo cual demostró todavía algo de su antigua iniciativa. Había tomado parte con su bolsillo particular en la Exposición universal de 1867, en la construcción de habitaciones obreras, y le ocupaban toda clase de proyectos para extender los seguros contra los accidentes y contra la vejez. A excitación suya se abolió la disposición injusta del código de Napoleón que daba fuerza testimonial á la declaración del burgués que manifestaba el jornal que pagaba. Pocas semanas después convocó una comisión que discutiera la abolición de las libretas de los operarios, abolición que pedían con grandes instancias desde algún tiempo las clases obreras. Pero ni siquiera halló gratitud alguna en la masa obrera de París, influída por los agitadores socialistas. «La oposición se apodera de todo, lo devora todo y lo funde todo,» exclamaba Paul de Cassagnac.

La apariencia exterior de bienestar, prosperidad y satisfacción que presentaba Francia durante estos años, no engañaba. Washburne, embajador de los Estados Unidos en París, escribía que todo aquello era falso y que debajo de la superficie se podía oír el sordo rumor del descontento. Entre los llamados héroes de la libertad, cuyo nombre se convirtió en bandera contra el Imperio, figuraba Baudin, el diputado que en 3 de diciembre pereció en las barricadas. Se había descubierto su sepulcro, hacía tiempo olvidado, y después de una bien organizada manifestación el día de Difuntos, se decidió abrir una suscripción nacional para erigirle un monumento, y todos los periódicos de la oposición abrieron listas de suscripción. El gobierno llevó á los tribunales tres diarios, entre ellos el *Reveil*, redactado por Delescluze, y como defensor suyo se presentó el joven Gambetta, hasta entonces sólo conocido de pocas personas, pero que por su discurso del 13 de noviembre se elevó súbitamente á héroe del día, siendo luego elegido por Marsella en lugar del difunto Berryer. Las penas bastante leves á que fueron condenados los acusados, no pudieron atenuar la profunda impresión causada por este proceso y por el discurso y actitud de Gambetta ante el tribunal. A todo se atrevió para crearse una reputación. Al hablar de los hombres del 2 de diciembre les apostrofó como faltos de talento y de honor, llenos de deudas y de crímenes. «Desde hace diez y siete años, vosotros, que sois los dueños de Francia, jamás os habéis atrevido á conmemorar el 2 de diciembre como un aniversario nacional. Pues bien, este aniversario lo celebraremos nosotros.»

En el discurso leído por el emperador al abrir la legislatura de 1869 se lamentó de la excitación artificiosa que había sido consecuencia de las leyes sobre prensa y reunión; habló de los aficionados á revoluciones que procuraban perturbar el orden público, y aseguró que la nación podía contar con la firmeza del gobierno para conservarlo. Maupás se propuso, en unión de otros senadores, interpelar al gobierno sobre los ataques sistemáticos á la persona del emperador y medios de evitarlos; pero tuvo que renunciar para complacer á Napoleón que al aproximarse las elecciones trató de encauzar el movimiento electoral. En Chartres pidió que sólo se tuviese en cuenta el bien público; después anunció la celebración de la fiesta nacional del 15 de agosto en toda Francia en honor de Napoleón I, y prometió á todos los soldados antiguos del Imperio y de la República, desde aquel día, una pensión anual de doscientos cincuenta francos.

Los republicanos no supieron luchar unidos, y en las elecciones de París se hicieron la competencia Carnot y Gambetta, Garnier-Pagés y Raspail, Gueroult y Julio Ferry, Favre y Rochefort. Ollivier y Thiers tuvieron por competidores á republicanos. El espíritu que dominó en las elecciones de la capital fué, como dijo Gambetta, «la oposición irreconciliable.» Hasta Julio Favre fué mirado como sospechoso por la juventud apasionada. Contando la oposición dinástica, llegaban á un centenar los diputados elegidos contra la voluntad de Rouher, es decir, una tercera parte de la Cámara, que constaba de doscientos noventa y

dos miembros. Contados los votos de los diputados elegidos, resultaban para el gobierno 3.636.000 y para la oposición 3.266.000. París dió 231.000 votos contra el gobierno y sólo 74.000 favorables. Al conocerse los resultados hubo manifestaciones en la capital, y después de las segundas elecciones creció la excitación, repitiéndose durante varios días las demostraciones, que consistían en la Marsellesa, vivas á Rochefort y á la anarquía y en destrozar algo. Se distinguió en estas demostraciones una numerosa turba de individuos que llevaban blusa blanca, cuya aparición provocó cada noche nuevos tumultos; y como la policía procedió con lenidad, se dijo que aquello era obra del gobierno; pero teniendo en cuenta las cualidades personales de Rouher y de Rochefort, acaso se opine que el libelista fué el instigador de las provocaciones y no Rouher, que á pesar de sus debilidades era personalmente demasiado honrado para acudir á semejantes recursos. Además sabía que contaba con el favor del emperador.